

DIPG:

El cáncer infantil
más letal



Hola, Soy Alicia,
tengo 9 años y estos son nuestros monstruos:



La historia de **Martina** y su monstruo



El DIPG apareció en la historia de Martina demasiado pronto, para robar a sus padres lo que más querían, todavía no lo ha conseguido.

Martina sigue aquí.

Sigue luchando cada día con su monstruo. Y contamos su historia, porque detrás de estas 4 letras hay una niña con nombre propio, con sueños y con una luz que merece seguir brillando.

Martina es la princesa de la casa. Alegre, dicharachera y elocuente, siempre ha sido esa niña que ilumina cualquier lugar al que entra. Feliz, muy feliz. Encantadora y adorable, pero despierta y fuerte, con una dulzura que no está reñida con su carácter ni con su inteligencia.

Aunque su personalidad aún está creciendo, hay algo que siempre ha sido evidente: su luz. Esa manera tan suya de hacer que todo parezca más amable, de llenar de vida cada momento y de regalar sonrisas sin esfuerzo.



El monstruo de Martina



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

Zamora y sus ganas de vivir



A sus 7 años tuvo que aprender a caminar, hablar y comer más de una vez, su monstruo era como una aspiradora que le hacía empezar una y otra vez.

Zamora tenía una valentía que no se medía en años, sino en cada pequeño logro que conseguía recuperar.

Cuando el DIPG llegó a su vida, no solo trajo un desafío médico, sino también la necesidad de volver a aprender acciones cotidianas que otros dan por sentadas.

Caminar, hablar o comer se convirtieron en victorias diarias, construidas con esfuerzo, paciencia y una determinación que sorprendía a quienes la rodeaban.

Luchó con una fuerza serena, constante, que demostraba lo grande que podía ser su voluntad.

El DIPG formó parte de su historia, pero su ejemplo de esfuerzo y coraje sigue vivo en quienes la recuerdan.



El monstruo de Zamora



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

Ander amaba la vida



Ander amaba la vida con una convicción que conmovía.

Cuando le explicaron que tenía cáncer, respondió sin miedo: “yo quiero vivir, me encanta mi vida, soy un niño feliz”. Esa frase lo define.

El fútbol era su pasión desde muy pequeño; antes de hablar, ya sabía darle toques al balón. Era cercano, cariñoso y protector, sobre todo con su hermana Nora. También disfrutaba jugando a Fortnite y compartiendo risas con sus amigos.

Durante 14 meses y 14 días convivió con el DIPG. El 14, su número en el equipo, se convirtió en símbolo de su lucha. Nunca dejó de sonreír ni de animar a otros niños enfermos.

Cuando el monstruo volvió, diseñó una pulsera con su nombre y un balón.

Hoy sigue recordándonos quién fue y cuánto amor dejó



El monstruo de Ander



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

El risueño Martín



Martín luchó durante un año una batalla contra el monstruo de la desesperanza.

Tenía un corazón que conectaba con todo lo vivo. Su amor por los animales era solo una muestra de la ternura con la que entendía el mundo, con una sinceridad que se notaba en su forma de mirar y de estar con los demás.

Cuando llegó el DIPG, llegaron también las palabras duras y los momentos de incertidumbre, pero Martín eligió responder con amor y con una actitud que unía a su familia y a quienes lo conocían.

Su fortaleza se convirtió en un impulso para ayudar a otros niños que estaban pasando por situaciones similares, dejando un mensaje de solidaridad y esperanza.

Un monstruo llamado DIPG intentó frenar su historia, pero no logró apagar la luz que Martín compartía con cada persona que se cruzaba en su camino.



El monstruo de Martín



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

La sonrisa de **Lucía**



Enseñó a sus padres a vivir la vida de una manera diferente.

Lucía tenía un espíritu que desbordaba su edad. Había en ella una mezcla de ternura y fortaleza que hacía que todo pareciera un poco más llevadero cuando estaba cerca, incluso en medio de la incertidumbre.

Con solo ocho años, tuvo que mirar de frente al DIPG. Y lo hizo con una valentía serena, sin estridencias, sosteniendo una sonrisa que ayudaba a su familia a respirar cuando el miedo apretaba más fuerte. No dejó que la enfermedad definiera quién era: siguió siendo niña, siguió soñando, siguió regalando luz.

Sin proponérselo, enseñó a quienes la rodeaban a detenerse, a abrazar más tiempo, a valorar los pequeños instantes y a vivir el presente con una conciencia nueva y más profunda.



El monstruo de Lucía



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

La historia de **Javier** y su monstruo



Venció a la tristeza con su sonrisa y su alegría, pero no pudo con su monstruo.

Su alegría era una de esas cosas que nadie olvidaba de Javier.

Su forma de entender la vida, llena de curiosidad y energía, hacía que sus ideas sorprendieran como si llevara más años aprendiendo del mundo.

Regalaba cariño sin medirlo, con gestos pequeños pero llenos de significado, y su sonrisa se convirtió en su mejor manera de plantarle cara a los días difíciles.

El DIPG apareció como un enemigo silencioso en su historia, pero no logró apagar esa luz que transmitía a quienes estaban a su alrededor, ni cambiar la manera en que eligió vivir cada momento.



El monstruo de Javier



Catalina y su castillo



Esta princesa luchó contra un dragón y se ganó unas hermosas alas de ángel.

Catalina fue, desde el principio, una princesa distinta.

No necesitó corona para demostrarlo. Cambió los vestidos por una mascarilla de radioterapia y el castillo por la calidez de su hogar, convertido en refugio y fortaleza.

Empuñó una espada invisible para enfrentarse al DIPG, ese dragón inesperado que irrumpió en su historia, y luchó con una determinación que superaba cualquier cuento.

Su batalla no tuvo finales fáciles, pero sí tuvo grandeza. Porque Catalina transformó cada día difícil en un acto de valentía y amor.

Y en esa lucha inmensa, se ganó alas — alas de colores eternos— que hoy la elevan más allá del dolor.



El monstruo de Catalina



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**

La historia de **Ian** y su monstruo



Ian era un niño generoso al que le encantaba regalar sus juguetes a conocidos y desconocidos por igual, su monstruo DIPG le impidió seguir regalando su sonrisa y sus chuches.

Tenía una forma especial de hacer sentir bien a los demás, como si su sola presencia hiciera el mundo un poco más amable.

Su generosidad era natural: compartía sus juguetes y sus chuches con amigos y también con quienes acababa de conocer, siempre con una calma que contagiaba tranquilidad. Soñaba con jugar al fútbol, disfrutaba construyendo con legos, montando en bici y pasando tiempo al aire libre, como cualquier niño que solo quiere seguir descubriendo el mundo.

Tenía una fe profunda y una manera muy serena de entender lo que le rodeaba. El DIPG apareció en su historia como un reto difícil, pero no logró cambiar la bondad ni la paz con la que Ian eligió vivir cada día.



El monstruo de Ian



El **MONSTRUO**
de mi **CABEZA**